

Caída y auge del sindicalismo uruguayo

Uruguay: caminos hacia la construcción de poder sindical

Basado en un estudio de caso de Álvaro Padrón y Achim Wachendorfer

El sindicalismo uruguayo goza de una fuerza envidiable dentro del contexto latinoamericano. La central sindical única del país, el Plenario Intersindical de Trabajadores-Convención Nacional de Trabajadores (PIT-CNT) cuenta con una impresionante tasa de afiliación del 40 por ciento de los asalariados, un enorme peso en los procesos de negociación colectiva e incluso con varios de sus miembros en el Gabinete de ministros, el Parlamento y otros espacios institucionales estratégicos.

El PIT-CNT ha conseguido alcanzar una posición central en la vida política uruguaya en gran medida gracias a sus vínculos con la coalición de partidos de izquierda y progresistas que ha gobernado el país por tres legislaturas sucesivas desde el año 2005, el Frente Amplio. “El Frente Amplio (FA) y el PIT-CNT son animales nacidos de la misma placenta,” afirma con rotundidad José Mujica, presidente del país entre 2010 y 2015.

“El papel de los trabajadores organizados fue y seguirá siendo central en las transformaciones de la sociedad. Más aún con un gobierno de izquierda. Cada cual en su rol, pero conscientes de que se juegan en gran medida el futuro y si le va mal a uno le irá mal al otro,” explica Mujica.

La relación entre el Frente Amplio y el PIT-CNT viene de antiguo. Ya en 1984, cuando muchos de los dirigentes frenteamplistas estaban proscritos políticamente, José D'Elia, presidente de la CNT y luego del PIT-CNT, asumió la candidatura a la vicepresidencia de la República por el Frente Amplio. Desde entonces, la historia de ambas organizaciones ha estado entrelazada hasta culminar en la victoria electoral del FA en las elecciones de 2004.

La travesía del desierto de los sindicatos

Antes de la época dorada que disfruta en la actualidad, el sindicalismo uruguayo pasó por su particular travesía del desierto. Durante la brutal dictadura militar, de 1973 a 1985, los sindicatos estuvieron prohibidos. Después, sucesivos gobiernos conservadores introdujeron una serie de políticas neoliberales que supusieron una fuerte desregulación del trabajo y flexibilización del mercado laboral. El resultado fue un debilitamiento paulatino del movimiento sindical y una reducción progresiva del número de afiliados.

Pero los sindicatos no estaban heridos de muerte y lograron encontrar maneras de hacer oír su voz incluso en aquellas circunstancias. Su principal instrumento fueron los llamados referéndums, un tipo de consulta popular vinculante definida en la Constitución de la República, en los que el PIT-CNT desempeñó un papel central para frenar las privatizaciones.

“Al estar los sindicatos disminuidos en la práctica por la persecución que había, sin negociación colectiva, con alta desocupación y con un gobierno que no nos representaba, pero a la vez con un amplio respaldo de la población, vimos que los mecanismos de consulta popular eran la forma de mitigar los aspectos más negativos de la política neoliberal de la derecha,” explica Juan Castillo, principal figura del PIT-CNT entre los años 2008 y 2012.

Claves del éxito sindical uruguayo

La supervivencia del sindicalismo uruguayo en sus años más difíciles y su buena salud actual se deben a dos factores: la fuerte tradición democrática del país, al menos en comparación con otras naciones de la región, y la unidad que el PIT-CNT ha logrado mantener contra viento y marea.

Uruguay es un pequeño país de menos de tres millones y medio de habitantes que ha sabido compaginar una fuerte tradición democrática con una robusta cultura sindical. Desde comienzos del siglo XX, los sindicatos se beneficiaron del estado social y el sistema democrático, pero también hicieron mucho para consolidarlo y profundizarlo.

Mientras sus dos gigantes vecinos, Argentina y Brasil, emprendían reformas sociales y laborales dictadas “desde arriba” e imponían un modelo sindical vertical, Uruguay lograba algo único en la región: construir de forma muy temprana un estado social y cimentar una cultura democrática con un sistema de partidos sólido y un sindicalismo representativo y combativo.

La unidad sindical se gestó en los años 50 y se consolidó en 1965 con el Congreso del Pueblo, en el que se reunieron representantes de las más importantes organizaciones sociales y culturales. Un año después se fundaría oficialmente la CNT, un acontecimiento en el que participaron prácticamente todos los sindicatos. En 1983, en el final de la dictadura militar las organizaciones de trabajadores organizaron una manifestación popular el Primero de Mayo a la que acudieron un cuarto de millón de personas y formaron el PIT.

La unidad sindical uruguayana no fue impuesta por el Estado o los partidos políticos, sino que fue construida por los mismos sindicatos. La consigna de “un solo movimiento sindical” se basa en la antigua y enraizada creencia expresada en el famoso lema “¡quien sale, pierde!” Además, la unidad sindical sirvió de inspiración para la creación en 1971 del Frente Amplio, una alianza de partidos de centro-izquierda e izquierda.

“Podría decirse que fue la izquierda, en su etapa de unificación a finales de los 60 y comienzos de los 70, que asume de forma casi completa los planteos que la sociedad civil organizada, formuló en la década del 60, particularmente el denominado Congreso del Pueblo,” explica Milton Castellanos, dirigente del PIT-CNT y director del Instituto Cuesta Duarte.

La época dorada del poder sindical

Dados estos antecedentes históricos, no resulta sorprendente que el gobierno del Frente Amplio haya establecido una alianza con los sindicatos. Eduardo Bonomi, ministro de Trabajo del primer gobierno del FA y una de las personas claves en el diseño y ejecución de esa alianza, lo explica así: “desde la propia conformación del equipo que elaboró la

plataforma del FA para las elecciones del 2004, se asumió que la relación con el movimiento sindical sería central y estratégica, por el compromiso político histórico pero también por la lógica electoral.”

“La mayoría de las propuestas electorales, no solo aquellas vinculadas a lo laboral, fueron acordadas con el sindicalismo y, de hecho, varias de ellas se transformaron en buque insignia del primer gobierno de izquierda. Esto también explica la importante cantidad de dirigentes sindicales que terminaron ocupando cargos relevantes del nuevo gobierno, incluyendo varios ministros,” añade Bonomi.

Tras la crisis que azotó al país y la región en 2002, el mayor empeño del primer gobierno del Frente Amplio fue la recuperación del empleo y los salarios. Además, aprobó más de cincuenta leyes en materia laboral, entre las que destacan leyes de negociación colectiva para trabajadores públicos y privados, la ley de protección de la actividad sindical, la del trabajo doméstico, la de la jornada de ocho horas para los trabajadores rurales o la que regula las tercerizaciones.

Sin embargo, no todo es de color de rosa en el sindicalismo uruguayo. La prensa conservadora, que da voz a un importante sector de la sociedad, ha acusado a los sindicatos de “formar uno de los tres poderes de este estado populista”, junto al gobierno y el Frente Amplio. En algunos sectores sociales existe la impresión de que los sindicatos “tienen demasiado poder.” Pero quizás el mayor peligro radique en los desencuentros entre el actual gobierno del Frente Amplio y los sindicatos durante una coyuntura económica particularmente difícil.